



FELICITACIONES ' Á JESÚS SACRAMENTADO

Adveniat regnum tuum.
«Venga á nos el tu reino.»
(Luc., XI, 2.)

I

QUE tu reino llegue, se acreciente, se eleve, se perfeccione; he aquí lo que hay que desear á Nuestro Señor en este primer día del año; que allí donde no es amado ni conocido, lo sea; que todos completen en sí mismos la obra de su Encarnación y Redención. ¿Y dónde es conocido y amado Nuestro Señor? ¡Pequeño, muy pequeño es el reino de Jesucristo! ¡Se han menospreciado y cercenado tanto sus derechos, así como los de la Iglesia, desde trescientos años á esta parte! ¡Parece como que en todas partes se persigue á Nuestro Señor Jesucristo! Se le arrebatan los templos y los pueblos. ¡Cuántas ruinas eucarísticas!

¹ La palabra *souhais* que emplea el original francés indica aquí aquellos deseos que suelen acompañar á las felicitaciones de principios de año.—(N. de la pres. ed.)

¡Y cuántos pueblos que jamás han conocido la fe! ¿Cómo, pues, Nuestro Señor Jesucristo ha de establecer en ellos su reino? ¡Bastaría para esto con un santo! Pedid á Nuestro Señor buenos sacerdotes, verdaderos apóstoles. Esta debe ser nuestra oración continua. Esos pobres infieles no conocen ni á su Padre celestial, ni á su tierna Madre, ni á Jesús su Salvador, ¡y les dejamos en tan triste estado! ¡Qué crueldad! Extendamos, dilatemos con nuestras plegarias el reinado de Jesucristo. ¡Pidamos que los paganos lleguen á abrazar la fe y conozcan á su Salvador! ¡Que los herejes y cismáticos entren de nuevo en el redil y se dejen gobernar por el cayado del Buen Pastor!

Y entre los católicos, ¿cómo reina Jesucristo? Pedid de continuo la conversión de los malos católicos que no tienen fe. Pedid que los que se hallan en posesión de este don inapreciable lo conserven. Los que tenéis una familia, pedid que todos sus miembros guarden la fe; mientras que conserven este resto de unión á Jesucristo, habrá esperanza. Mientras que Judas vivió con el Señor, tuvo á la mano ocasión y medios de salvarse; una palabra hubiese bastado. Cuando le hubo abandonado, todo concluyó, y fué rodando hasta el fondo del abismo. Pedid, pues, con instancia á Jesucristo por lo menos la conservación de la fe en las verdades cristianas. Sé que se dice muchas veces: Más vale un buen protestante que un mal católico. Falso. En el fondo esto quiere decir que cualquiera puede salvarse sin la verdadera fe. No y mil veces no. El mal católico es siempre hijo, aunque sea el hijo pródigo, y, por más pecador que sea, tiene siempre derecho á la misericordia; el mal católico está más cerca de Dios, por razón de

su fe, que el protestante; hállese todavía dentro de la casa, mientras que el hereje ya no lo está, y ¡cuántas dificultades y cuántos trabajos para hacerle entrar nuevamente!

Para trabajar por la conservación de la fe, adoptad un lenguaje cristiano, usad el lenguaje de la fe. Modificad el lenguaje del mundo. Por una culpable tolerancia hemos dejado que Nuestro Señor Jesucristo fuese desterrado de las costumbres, de las leyes, de las formas y conveniencias sociales, y en un salón de cierto tono nadie osaría hablar de Jesucristo. Aun entre católicos prácticos parecería extraño hablar de Jesucristo Sacramentado. Hay tantos—se dice muchas veces—que no cumplen con la Iglesia, que no asisten al sacrificio de la Misa, que teme uno molestar á alguno de los contertulios, tal vez al mismo dueño de la casa, que se encuentra en este caso. Se hablará de arte religioso, de las verdades morales, de las bellezas de la Religión; pero de Jesucristo, de la Eucaristía, jamás. Pues bien, cambiad todo esto; haced profesión de vuestra fe; sabed decir: *Nuestro Señor Jesucristo*, y nunca digáis *Cristo* á secas. Es necesario, en fin, demostrar que Nuestro Señor tiene derecho á vivir en el lenguaje de la sociedad. Es una mengua para los católicos tener siempre á Jesucristo bajo el celemin, como suelen hacerlo. Es necesario mostrarle por todas partes. Y aquel que hace explícita profesión de su fe, quien osa pronunciar con reverencia el nombre de Jesucristo, se coloca en la corriente de su gracia; ¡en público es necesario que todos sepan cuál es nuestra fe!

Se oye á cada paso proclamar principios ateos; vense por doquiera gentes que se jactan de no creer

en nada; ¿y nosotros hemos de temer afirmar nuestras creencias y pronunciar el nombre de nuestro divino Maestro? No, ciertamente; debemos pronunciarle: porque esos pobres impíos están posesos, ó, cuando menos, obsesos del demonio. Pues bien; contra esos demonios, ¡oponedles el nombre de Nuestro Señor Jesucristo! Si todas las almas creyentes tomasen el partido de hablar sin temor ni reparo alguno acerca de Nuestro Señor Jesucristo, bien pronto cambiarían el mundo, pues acabarían por hacer muy natural y corriente el pensar en Él. Va acercándose á pasos agigantados el gran siglo; los dos ejércitos están ya próximos á encontrarse. El eclecticismo ha muerto, ¡gracias á Dios! Precisa ya ser buenos ó malos, figurar en el bando de Jesús ó en el de Satanás. Así, pues, afirmad á Jesucristo, pronunciad su nombre; este nombre es vuestra bandera, y debéis levantarla dignamente.

En fin, que el reino de Nuestro Señor llegue á vosotros, á vuestra alma. Jesucristo está en vosotros; mas para que reine por completo, aún hay mucho que hacer. Vosotros no estáis más que conquistados; Jesucristo aún no reina tranquilamente en vosotros con un reinado de paz y de amor; todas las fronteras no son suyas todavía; ¿y qué Soberano puede reinar como dueño y señor si no dispone de todas las fronteras de su Estado?

Procurad conocer más á Jesucristo; penetrad su vida, sus sacrificios y sus virtudes en el Santísimo Sacramento; entrad en su amor. En vez de estar siempre engolfados en nosotros mismos, subamos hasta él; es bueno que nos veamos en Él, pero es mejor verle en nosotros; en vez de cuidaros, de cultivaros á vosotros mismos, cuidad, cultivad y ha-

ced crecer á Jesús en vosotros. Pensad en Él: estudiadle en sí mismo, entrad en su interior; en Él encontraréis con qué vivir; es grande, infinito; allí está el camino ancho y real; ¡esto dilata y sublima nuestra vida!

II

Además, hemos de consolar á Nuestro Señor Jesucristo. El espera vuestros consuelos, los recibirá con placer. Pedidle que suscite en su Iglesia excelentes sacerdotes, de esos sacerdotes apóstoles y salvadores que dan carácter á un siglo, que conquistan á Dios nuevos reinos. Pedidle que Él lo sea todo; que no sea solamente Salvador, pues esto supone excesiva miseria, sino que sea también Rey, Rey pacífico y absoluto. Consoladle de que su dignidad real sea por tan pocos reconocida y acatada. ¡Ay! ¡Nuestro Señor está vencido! En el cielo reina sobre los ángeles y los santos como dueño y señor omnipotente y fielmente escuchado. ¡Aquí en la tierra, no! ¡Los hombres que han sido por Él rescatados y que son sus hijos, han vencido á Nuestro Señor! Ya no reina sobre las sociedades católicas; hagamos que reine al menos sobre nosotros, y trabajemos por extender su reino por doquiera.

A Nuestro Señor no le halagan tanto, no desea tanto los hermosos monumentos, como nuestros corazones: Él los busca, procura atraérselos, y como quiera que los pueblos han expulsado á Jesucristo, erijámosle nosotros un trono sobre el altar de nuestros corazones. Entre los bárbaros, se confería á uno la dignidad real, elevándole sobre el pa-

vés; proclamemos también Rey á Jesús eucarístico, elevándole sobre nuestros corazones y sirviéndole con fidelidad y abnegación. ¡Ah! ¡Cuánto ama Jesucristo nuestros corazones! ¡Cuánto los desea! Mendiga nuestro amor, nuestro corazón. Pide, suplica, insiste. ¡Cien veces se le ha negado ya lo que pide: no importa, Él tiende siempre la mano! Realmente, esto es menospreciarse, deshonorarse á sí mismo, solicitar todavía después de tantas negativas! ¡Ay de nosotros! ¡Debiéramos morir de vergüenza al pensar que Jesucristo anda mendigando de este modo y que nadie le ofrece la limosna que pide! ¡Y cuántos desaires no tiene que sufrir para procurarse nuestros corazones! Persigue sobre todo á los católicos, á las almas piadosas, á los religiosos que andan reacios para entregarle sus corazones. Nuestro Señor lo quiere todo; y la razón, el interés de estas pesquisas tan apasionadas, es su amor. Entre los doscientos millones de católicos que hay en el globo, ¿cuántos le aman con amor de amistad, de vida, con verdadero amor de corazón? ¡Si por lo menos fueran enteramente suyos aquellos que hacen profesión de piedad, sus hijos, sus religiosos, sus vírgenes! Pero sucede que se le deja dar un paso en el corazón y luego se le suscita un obstáculo; se le concede esto y se le niega aquello. ¡Y Nuestro Señor Jesucristo lo quiere todo, lo pide todo; espera y no se exaspera!

Amémosle, pues, por nosotros; amémosle por aquellos que no le aman; por nuestros padres, nuestros amigos; paguemos la deuda de nuestra familia, de nuestra patria; así hacen todos los Santos; imitan en esto á Nuestro Señor, que ama por todos los hombres y sale fiador por el mundo entero.

¡Ah! ¡Que Nuestro Señor Jesucristo sea al fin Rey, dueño y esposo de nuestra alma; séalo ese dulcísimo Salvador que tanto nos ama! ¿Será posible que no amemos á Nuestro Señor Jesucristo con el mismo grado de cariño con que amamos á nuestros padres, amigos y á nosotros mismos? Si así es, padecemos una terrible fascinación.

Sin duda que si pudiera esto hacerse de repente, si con un sólo acto se pudiera pagar toda la deuda de amor, aún se haría; pero es necesario darse siempre, entregarse de continuo, y nos falta ánimo para eso. Pues bien; esto prueba ciertamente y sin género alguno de duda, que no amamos de verdad.

¡Qué honda pena, qué triste malestar no causamos con esto á Jesucristo! Se ha visto que algunas madres han muerto á consecuencia de los disgustos que les causaban hijos indignos y desnaturalizados. Si Nuestro Señor Jesucristo no fuera inmortal por naturaleza, hubiera muerto mil veces de pena desde que se ha encerrado en el Santísimo Sacramento. En las Olivas hubiera muerto, sin un milagro, á la vista de los pecados que tenía que expiar. Aquí está siempre agonizante. Es glorioso en sí mismo; mas en sus obras, en su amor, bien humillado se encuentra: *Tactus dolore cordis intrinsecus!*

Pues bien; consolad el amor de Nuestro Señor. El hombre encuentra siempre alguien que responde á su amor; pero ¿y Nuestro Señor Jesucristo?...

Consoladle de la ingratitud de todos los pecadores; pero principalmente consoladle de vuestra propia ingratitud. Llorad con Él las defecciones de sus ministros infieles, de sus indignas esposas. Es esto tan horroroso, que hay necesidad de ocultarlo. Pensad en ello á sus pies y consoladle. Judas no pudo

menos de hacer derramar á Jesucristo lágrimas de sangre. ¡Ah! ¡Si nosotros conociésemos bien los motivos de dolor que tiene continuamente Jesucristo, jamás disfrutaríamos un momento de gozo! Y el sacerdote no querría consagrarle, si estuviera todavía en el estado humano y accesible al dolor. ¡Felizmente sólo su amor lleva el peso de todos estos ultrajes, y la muerte no puede ya herirle!

Lo que me aflige sobremanera, es que las almas piadosas, las esposas que Jesucristo se guarda en el mundo, reserven la perfección únicamente para los que viven en Religión: no estoy obligado á eso; no he hecho los votos que conducen á la perfección. Y es que no se tiene el valor de amar, esta es la verdad. El amor es siempre y en todas partes el mismo, y vosotros podéis amar más en vuestro estado que un religioso en el suyo; su estado es más perfecto en sí mismo, pero vuestro amor puede superar al suyo.

Vamos, pues, que reine en vosotros Jesucristo. La exposición pública del Santísimo Sacramento es la última de las gracias; después de la exposición, no hay más que el cielo ó el infierno. El hombre se deja atraer por lo que brilla. Nuestro Señor Jesucristo hállase elevado sobre un trono y brilla actualmente, como se ve; no hay, pues, excusa. ¡Ah! ¡Si se le abandona, si se pasa por delante de Él sin volverle la vista, Nuestro Señor se retirará y todo habrá concluido!

Servid, pues, á Jesucristo; consoladle, encended el fuego de su amor por doquiera que no arde todavía; trabajad por establecer, por afianzar su reinado, su reinado de amor. *Adveniat regnum tuum, regnum amoris.*



LA EPIFANÍA Y LA EUCARISTÍA

Et procedentes adoraverunt eum.

«Los Magos, prosternándose, le adoraron.»

(MATH., II, 11.)

LLAMADOS á continuar ante el Santísimo Sacramento la adoración de los Magos en la gruta de Belén, debemos confundirnos con ellos en el pensamiento y en el amor que los condujo y retuvo en aquel sitio. Ellos comenzaron en Belén lo que hacemos nosotros al pie de la Hostia santa. Estudiemos los caracteres de su adoración, y saquemos de ello instrucción provechosa.

La adoración de los Magos fué un homenaje de fe y un tributo de amor al Verbo encarnado: tal debe ser nuestra adoración eucarística.

I

La fe de los Magos brilla en todo su esplendor á causa de las dos terribles pruebas á que hubo de ser sometida y de las cuales salió triunfante: me refiero